



ALEX KERR, *Japón perdido*, traducción de Núria Molines, Alpha Decay, Barcelona, 2017, 297 pp. ISBN: 978-84-946442-8-3.

El filósofo Alexandre Kojève, tras un viaje a Japón en 1958, en una nota a pie de página a la segunda edición de *Introducción a la lectura de Hegel*, confesó que la *American way of life* no era el tipo de vida propio del período posthistórico, correspondiente al fin de la historia. En Japón había encontrado una sociedad única que había vivido durante tres siglos el período de fin de la historia. Para Kojève, los japoneses vivían de acuerdo a valores y principios carentes de un contenido humano en sentido histórico, eran valores negadores de la animalidad, como la ceremonia del té, el arte floral o el teatro *Noh*. A pesar de las desigualdades económicas o sociales, todos los japoneses —sostuvo— estaban en condiciones de vivir en función de esos valores *formalizados*. Kojève concluyó que la interacción entre Japón y el mundo occidental no conduciría a una rebarbarización de los japoneses, sino a una *japonización* de los occidentales.

1

La tesis de Kojève, aunque interesante, dista de lo que los occidentales somos, o dicho de otro modo, los occidentales estamos muy lejos de la japonización. Nuestra cultura y valores no son rígidos y formales, están cargados del peso de la historia. Sin embargo, es cierto que la cultura japonesa y sus valores carecen de un contenido humano en sentido histórico. Parecen ser una construcción artificial basada en la exigencia de eliminar todo rastro humano o animal, e incluso natural, del hombre y de las relaciones con los otros. Uno de los problemas que todos los seres humanos tenemos que plantearnos es cómo vamos a relacionarnos con los otros. Creo que la protección de los japoneses ante la dificultad de saber cómo va a reaccionar el otro es crear una cultura de superficie.

A propósito de esto Ortega y Gasset meditó y escribió. Respecto a la cortesía, por ejemplo. Sostuvo que para evitar el roce que la socialización impone se crean unos mecanismos que amortiguan ese roce. La cortesía es uno de esos mecanismos. En Asia, donde la densidad de población es mayor, la cortesía es una cuestión de primer orden, y por eso el occidental allí parece un bárbaro. Ortega también afirmó que los vocablos “tú” y “yo” han sido sustituidos en su idioma por florituras tales como la belleza que hallo en ti. Precisamente esos vocablos indican la intimidad y proximidad entre dos personas.

Jorge Luis Borges confesó, en una conferencia que pronunció en 1985 en Buenos Aires, tras regresar de su primer viaje a Japón, que, en un

mundo de buenos modales, de gente educada y culta, él no era más que un bárbaro.

Este preludio no es más que una pequeña respuesta a la fascinación que el occidental siente por Asia y en especial por Japón. Kojève, Borges y, en el caso del libro que nos ocupa, Alex Kerr, fueron tres hombres fascinados por el encanto asiático. El interés por lo desconocido, por lo perdido y recóndito es el horizonte que nos revela este libro, cuyo título, *Japón perdido*, dice mucho del Japón que vamos a encontrar.

Para entender por qué Alex Kerr escribió este libro sería conveniente apuntar algunos datos de su vida: Kerr es un escritor, viajero y niponólogo norteamericano. Su primer contacto con el mundo asiático ocurrió cuando todavía era un niño. Su padre perteneció a la armada estadounidense y con frecuencia cambiaba de residencia. Cuando Kerr tenía 12 años, en 1964, su padre fue destinado a la base naval de Yokohama, Japón, y vivieron allí hasta el año 1966. Pero su contacto con Asia empezó con anterioridad, cuando aprendió chino durante la primaria en un colegio de Washington. En 1966 volvieron a Washington y en 1969 empezó Estudios Japoneses en Yale. En la carrera no encontró la formación que esperaba y en 1971 decidió pasar el verano haciendo senderismo por el Japón profundo, rodeado de montañas, bosques y casas antiguas. En 1972 fue estudiante de intercambio en la Universidad de Keio, en Tokio. Tras graduarse en Estudios Japoneses en 1974, recibió la Beca Rhodes para estudiar chino en Oxford. Con el tiempo no sólo se convirtió en un explorador y descubridor de los espacios más recónditos de Japón, invisibles incluso para la sociedad japonesa de su actualidad y, por supuesto, de la nuestra, sino también en un experto coleccionista de arte japonés y en un gran conocedor de las artes tradicionales japonesas, como el teatro *kabuki*, la caligrafía o la ceremonia del té.

Japón perdido es un libro singular, no es un libro para turistas que quieran conocer de antemano los templos más destacados o las costumbres más relevantes. Esa no es su pretensión, más bien ofrece un vasto conocimiento sobre un Japón en extinción, como el propio autor sostiene, sobre un Japón recóndito y escondido a aquellos que no sepan ver más allá de la superficie.

En este libro Alex Kerr nos hace un recorrido por el Japón más recóndito y enigmático desde su propia vivencia. *Japón perdido* es la visión de alguien enamorado de la geografía y la cultura japonesa. Kerr describe sus valles, los templos recónditos, escondidos entre grandes montañas, las costumbres de las gentes que vivían en las zonas más alejadas de la “occidentalización”, la desaparición de las verdaderas artes tradicionales, esto es, la esencia de un Japón que está perdiéndose, desde un sentimiento de nostalgia. La nostalgia es un sentimiento poderoso: es el dolor de lo que vuelve una y otra vez al darnos cuenta de que aquello que nos causaba placer ha desaparecido. La nostalgia es un recordar del alma.

En el libro, Kerr nos presenta tres temas fundamentales que no solo ilustran un Japón que desaparece, sino también el carácter de la sociedad japonesa. El primero de ellos está relacionado con la naturaleza, con lo misterioso y salvaje que hallamos en ella —precisamente la naturaleza es el lugar donde se hallan los templos y por tanto las deidades. En la naturaleza empieza la nostalgia. El segundo tema sería el relativo a las artes tradicionales y a su importancia en la construcción del mundo de valores japoneses. El tercer tema sería el de las relaciones humanas. Estos tres temas se articulan, a mi modo de ver, en torno a un concepto que representa lo característicos de Japón, el SECRETO. El secreto representa lo enigmático y lo misterioso, lo oculto, es la esencia del arte japonés, es lo que hallamos ante un gran valle y es lo que permanece en la forma de socializar característica de los japoneses. Todo en Japón está rodeado de un halo de secreto y misterio incluso para los propios japoneses. Kerr cuenta una anécdota al respecto: una vez llevó a unos amigos al monte Koya. Durante la noche se hospedaron en un templo que daba alojamiento a peregrinos. Allí les ofrecieron la posibilidad de ver el buda de la sala principal, pero estaban demasiado cansados para ello y lo dejaron para el día siguiente. Esa misma noche, antes de acostarse, Kerr se cruzó con un monje que le hizo saber cuan afortunado era al hospedarse allí esa noche, la única noche en la que se mostraba en público durante media hora el Gran Buda del Poder Divino de Sanmaiin y que no volvería a mostrarse hasta dentro de 500 años. Kerr se quedó anonadado al darse cuenta que habían perdido la oportunidad de ver esa *rara avis* cuando les fue ofrecida, pero nadie les dijo que la exposición al público de ese buda sería tan fugaz y que al día siguiente no podrían verlo. Kerr y sus amigos se perdieron ese espectáculo lleno de misterio, pero no sólo misterioso a los ojos extranjeros, sino también para los propios japoneses. La restricción de contemplar esa estatua tan sólo cada cierto tiempo es el halo de secreto al que se someten los japoneses durante toda su vida.

Sostiene Kerr que cada país tiene una “patrón paisajístico”. Si esto es así, cabe preguntarse si el paisaje de una ciudad es el reflejo del espíritu del hombre. El paisaje característico de Japón es el grupo de casitas apiñadas en las llanuras, en un valle o a las faldas de una montaña, rodeadas de naturaleza. Sobre el paisaje Ortega tiene algunos escritos, por ejemplo, las descripciones que escribió sobre El Escorial. La *Meditación del Escorial* es un análisis paisajístico, es la descripción de la geografía predominante en tierras castellanas, pero con un propósito mucho más profundo, es un paisaje sobre el que meditar. La naturaleza ofrece el silencio que el alma ansía para recogerse sobre sí misma. Esto me lleva a recordar el aforismo que Nietzsche escribió en *Humano, demasiado humano*: nos sentimos tan a gusto en la naturaleza porque ésta no tiene opinión sobre nosotros. Quizás sea esto precisamente lo que los japoneses encuentran cuando habitan las faldas de las montañas y quizás sea esto mismo lo que encontró Kerr en el Valle de Iya.

Esta es la primera descripción de plena naturaleza que encontramos en el libro. Hacia el año 1971, Kerr emprendió un viaje hacia el Japón más profundo con la pretensión de averiguar si su pasión por este país era tal que le permitiera vivir el resto de su vida allí. Por aquel entonces la modernización empezaba a vislumbrarse en el campo, en las zonas más rurales, pero en comparación con las ciudades, el campo todavía conservaba su aire de antigüedad. En ese viaje descubrió la garganta más profunda de Japón, el valle de Iya. Sostiene el autor que Iya siempre ha sido una zona oculta, un lugar para refugiarse del mundo. Cuenta Kerr que desde niño buscaba su refugio, su castillo, y en Iya lo encontró. Compró una casa abandonada del este del valle, la restauró, instaló allí su residencia y le puso el nombre de Chiiori. Iya no es el único valle que describe. Durante los últimos años anteriores a la composición del libro, Kerr residió en una casa tradicional japonesa, que también restauró, en los terrenos de un pequeño santuario sintoísta llamado Tenmangu. Este santuario, construido en veneración del dios de la caligrafía, se halla en Kameoka, un pueblo cerca de Kioto. Lo esencial de Tenmangu, como de Iya, es la naturaleza: “cuando vuelvo a Tenmangu tras un viaje a Tokio o al extranjero, siempre me encuentro con que el ciclo de las estaciones ha avanzado un poco y un nuevo fenómeno natural me espera”.¹ Son escondrijos desconocidos y apenas habitados, y en su desconocimiento reside su encanto.

Pero esta naturaleza salvaje, que nos trae los ecos de los animales y nos sorprende con los cambios sutiles del paso de las estaciones, no es la naturaleza que encontramos en los jardines. Los jardines de los templos, de los castillos o de las casas privadas son una construcción artificial que obedece al mandato del espectáculo, están hechos para impresionar al público, para captar su admiración.

Frente al mundo occidental, cuyo paisaje se caracteriza por altos monumentos de piedra, grandiosas catedrales, edificios señoriales que representan la huella de la historia, el paisaje oriental, y concretamente el japonés, tan sólo conserva los templos como parte integrante de la naturaleza y como parte imprescindible de su composición geográfica. El resto de edificios son prescindibles. Los templos se hallan en los centros de los mandalas, escondidos en medio del bosque y de la naturaleza. Allí donde el hormigón todavía no ha penetrado, la única manera de hallar el templo es aventurarse hacia el interior del mandala. En Japón, la aparición del hormigón o la construcción de los altos rascacielos, es casi una epidemia que se extiende por todo el país. No importa destruir casas antiguas o devastar hermosos valles, el único espacio que se respeta es el ocupado por los templos.

Toda esa naturaleza que Kerr nos describe con profunda nostalgia está desapareciendo. Los japoneses de la actualidad desconocen esos

¹ ALEX KERR, *Japón perdido*, traducción de Núria Molines, Alpha Decay, Barcelona, 2017, p. 155.

escondrijos tan maravillosos, ignoran cómo es una puesta de sol o el color de los árboles en verano. Cuenta Kerr que la sociedad japonesa es muy cerrada, sólo deja entrar la influencia de Occidente hasta el punto que considera apropiado. En un intento de occidentalizarse, deciden romper la estructura visual de la ciudad poniendo una gran torre en cada ciudad. Allí donde sólo se veían casas en el horizonte, con la misma altura y el mismo tipo de tejado, ahora se ve una alta torre que rompe esa armonía constructiva. El Japón tradicional está desapareciendo a consecuencia de esas grandes torres, de los bloques de hormigón que destruyen los bosques, del cableado eléctrico y de la ausencia de luz real; las ciudades están llenas de neones luminosos. Kerr sostiene que los directores actuales de cine no están en condiciones de captar la luz y los colores como pudo captarlos Kurosawa, debido a esa intrusión lumínica que ocupa todas las calles. La luz tenía un significado importante en Japón. En el antiguo Japón, el eros y el romance ocurrían en la oscuridad. La costumbre del *yobai* consistía en que el muchacho del pueblo cortejara a su doncella en el abrigo de la noche y la oscuridad. Se trataba de hallar la belleza en las sombras. Las casas antiguas japonesas, como Chiiori, vivían de la luz de la noche. Los interiores de las casas tenían biombos dorados con la intención de captar los últimos rayos de sol que se colaban al atardecer. El Japón moderno anhela la luz, por eso construyen ciudades de neones y luces fluorescentes. Las salas de *pachinko* (salas de juego más famosas de Japón) son un ejemplo de luces parpadeantes y estridentes. Frente al ensimismamiento que alberga la oscuridad, tenemos la alteración que producen las luces fluorescentes.

Algunos especialistas consideran que el arte tradicional surgió en la oscuridad de las casas. Las artes tradicionales son la filosofía de Japón, sostiene Kerr, son la puerta de entrada a su cultura. Las artes tradicionales, como el teatro *Kabuki*, la ceremonia del té, el teatro *Noh*, el arte floral, el arte del *bonkei*, el arte de la caligrafía, o los *haikus*, son un reflejo de las costumbres de la sociedad japonesa. Lo importante de todos estos artes es la perfección. El japonés cree poder hallar la perfección en aquello que hace. El arte floral o el *bonkei* son un reflejo de esa pretensión de perfección: nunca ninguna rama está lo suficientemente inclinada o nunca la tierra está lo suficientemente rastrillada hacia la misma dirección. Los *haikus* son una composición poética breve y se centran en un momento mundano. Son una muestra de la cultura del instante. Los japoneses consideran importante el instante, no sólo en el arte sino también en los negocios, como el mismo Kerr pudo comprobar cuando trabajó en 1983 para la empresa inmobiliaria Trammell Crow haciendo negocios con los japoneses. El arte que más le fascinó fue el teatro *kabuki*. El *kabuki* es un reflejo del estilo de vida antiguo, es la nostalgia por el pasado. Esta representación teatral está compuesta por hombres, incluso el papel de las mujeres es representado por hombres. El *kabuki* habla de la sociedad japonesa, pero no de todas sus facetas. La cuestión de la amistad y de las relaciones humanas es un tema difícil de representar

para ellos. La falta de confianza es frecuente y les resulta complicado establecer una relación entre iguales.

La sociedad japonesa presenta unas estructuras jerárquicas firmes, que incluso se adoptan en el desarrollo de las artes tradicionales, como la ceremonia del té. Muchos expertos han diseñado teorías para explicar el comportamiento social de los japoneses, entre ellas destaca el revolucionario libro *El crisantemo y la espada*, que Ruth Benedict publicó en 1946, tras finalizar la II Guerra Mundial. Se trataba del primer estudio importante sobre la mentalidad y el comportamiento de los japoneses. Los estadounidenses necesitaban una guía para tratar a los japoneses durante los años de ocupación y este libro respondió a esa necesidad. La propia teoría de Kerr acerca del comportamiento social de los japoneses es muy interesante, trato de reproducirla brevemente: la reglamentación que la sociedad japonesa impuso reprimió el individualismo. Como Japón era una isla las normas podían imponerse con severidad y la estructura piramidal determinó los patrones de comportamiento que hoy encontramos. El *Kabuki* no sólo es un reflejo de los preceptos y las normas sociales que configuran la libertad del individuo, sino también el grito del individuo estrangulado por la sociedad.

El sistema social japonés es un sistema armonioso y pacífico, en parte se debe al aislamiento del resto del mundo (la sociedad japonesa rechaza la influencia extranjera) y en parte a la pretensión de homogeneizar a toda la sociedad. El sistema educativo japonés establece qué hay que decir y pensar desde la infancia. Kerr apunta que este es el verdadero problema de Japón. Las famosas salas de *pachinko*, a propósito de la alteración, son un mecanismo de homogeneización. Esas salas facilitan el aturdimiento mental, en palabras del propio autor. Las luces estridentes, el ruido de las máquinas, el humo del tabaco y la pasividad sensorial, convierten a esas personas en meros ejecutores de una acción que todos pueden hacer por igual. Ese es uno de los signos del desmoronamiento del Japón perdido para Kerr. Los valles y los bosques son la única vía de escape para aquellos pocos que todavía no viven en la alteración. Iya y Tenmangu les permiten escapar del Japón socializado, de las complejas normas y relaciones que les oprimen.

Al final del libro Kerr realiza una crítica a la sociedad actual japonesa que está permitiendo la desaparición del Japón tradicional. Los jóvenes están dormidos, pasivos frente a la continuación de su cultura. Japón carece de tradición, carece de escuela, nadie está dando cuenta de la historia. Sostiene Kerr que las experiencias que ha descrito provienen de mundos muertos. Pero en las últimas líneas exhala su último aliento de esperanza: cuando todo parece que va a desaparecer es el momento justo para que todo empiece a florecer de nuevo.

A mi modo de ver, y tras mi experiencia particular en Japón, lo que nos fascina de Oriente es precisamente sentirnos *Lost in translation*, recordando la película de Sofía Coppola. Es decir, en Oriente descubrimos

al Otro. Nos sentimos extranjeros, desde un punto de vista físico, lingüístico, cultural, tradicional y social. Japón es lo que no somos nosotros y tan sólo reconociendo al Otro podemos reconocernos a nosotros mismos.

Conviene recordar, en estas últimas líneas, unas palabras de Borges: Japón es un enigma encantador.

Esmeralda Balaguer García